

CAPÍTULO XVI.

MESMER Y SAN MARTÍN.

Hubo un tiempo en que París, libre de ocupaciones y lleno de ocios, se pasionaba enteramente por cuestiones que en nuestros días son el monopolio de los ricos, á quienes se llama los inútiles, y de los sabios á quienes se da el nombre de los perezosos.

En 1784, es decir, en la época en que hemos llegado, la cuestión de moda, la que sobrenadaba por encima de todas, la que flotaba en el aire, la que se fijaba en todas las cabezas un poco elevadas como hacen los vapores en las montañas, era el mesmerismo, ciencia misteriosa, mal definida por sus inventores, quienes, no sintiendo la necesidad de democratizar un descubrimiento desde su nacimiento, habían dejado á ese tomar un nombre de hombre, es decir, un título aristocrático en lugar de uno de esos nombres de ciencia sacados del griego, con cuyo auxilio la pudibunda modestia de los sabios modernos vulgariza hoy todo elemento científico.

En efecto, ¿á qué fin democratizar una ciencia en 1784? El pueblo, que hacía más de siglo y medio no había sido consultado por los que le gobernaban, ¿significaba algo en el Estado? No; el pueblo era la tierra fecunda que producía, era la rica cosecha que se recogía, pero el dueño de la tierra era el rey, y los cosecheros eran los nobles.

Hoy todo ha cambiado; la Francia se parece á un reloj de arena secular; ha marcado la hora de la monarquía por espacio de novecientos años: la potente diestra del Señor lo ha vuelto, y va á marcar la era de los pueblos durante siglos.

En 1784 era pues una recomendación un nombre de hombre; hoy, al contrario, el buen éxito sería un nombre de cosas.

Pero abandonemos á *hoy*, para fijar la vista sobre *ayer*.

En el cómputo de la eternidad ¿qué significa una distancia de medio siglo? Ni siquiera la que media entre la víspera y el día siguiente.

El doctor Mesmer se hallaba en París, como nos lo ha hecho saber María Antonieta, pidiendo al rey el permiso de hacerle una visita. Permítasenos, pues, decir algunas palabras del doctor Mesmer, cuyo nombre, conservado hoy por un escaso número de adeptos, andaba, por la época que tratamos de describir, en boca de todos.

Hacia 1777 el doctor Mesmer había traído de Alemania, de ese país de los sueños brumosos, una ciencia toda henchida de nubes y relámpagos. Al resplandor de estos, el sabio no veía más que las nubes que formaban encima de su cabeza una bóveda sombría: el vulgo sólo veía los relámpagos.

Mesmer se había estrenado en Alemania con una tesis sobre la influencia de los planetas, tratando de establecer

que los cuerpos celestes, en virtud de esa fuerza que produce sus mutuas atracciones ejercen una influencia sobre el sistema nervioso, por medio de un fluido sutil que llena todo el universo. Pero esa primera teoría era muy abstracta, y para comprenderla era preciso estar iniciado en la ciencia de los Galileos y los Newtones. Era una mezcla de grandes verdades astronómicas con los sueños astronómicos que no podía, no diremos popularizarse, sino aristocratizarse; porque para ello hubiera sido preciso que el cuerpo de la nobleza se convirtiese en sociedad científica. De consiguiente Mesmer abandonó ese primer sistema para adoptar el de los imanes.

En aquella época, los imanes eran muy estudiados, pues sus facultades simpáticas ó antipáticas daban á los minerales una vida casi igual á la humana, comunicándoles las dos grandes pasiones de la vida humana, el amor y el odio. De consiguiente atribuíanse á los imanes virtudes sorprendentes para la cura de las enfermedades. Mesmer unió, pues, la acción de los imanes á su primer sistema y trató de ver lo que podría sacar de esa unión.

Por desgracia de Mesmer, á su llegada á Viena halló establecido un rival, llamado Hall, quien pretendió que Mesmer se había apoderado de sus procedimientos, lo que visto por Mesmer, declaró, como hombre de imaginación que era, que abandonaría los imanes como inútiles, y que no volvería á curar por medio del magnetismo mineral, sino por el magnetismo animal.

Esta palabra, aunque pronunciada como una palabra nueva, no designaba un nuevo descubrimiento: el magnetismo, conocido de los antiguos, empleado en las iniciaciones egipcias y en el pitismo griego, se había conservado

en la edad media en el estado de tradición; algunos restos recogidos de esa ciencia habían hecho los brujos de los siglos XIII, XIV y XV, y fueron quemados muchos que confesaron en medio de las llamas la religión extraña de que eran mártires.

Urbano Grandier no era más que un magnetizador.

Mesmer había oído hablar de los milagros de esa ciencia.

José Bálsamo, el héroe de una de nuestras novelas, había dejado huellas de su paso en Alemania, y especialmente en Strasburgo. Mesmer se dedicó á esa ciencia esparcida y revoloteante como esos fuegos fatuos que corren por la noche por encima de los estanques, y formó de ella una teoría completa, un sistema uniforme al que dió el nombre de mesmerismo.

Habiendo llegado á este punto, Mesmer comunicó su sistema á la Academia de ciencias de París, á la Real Sociedad de Londres y á la Academia de Berlín. Las dos primeras no le respondieron; la tercera dijo que era un loco.

Mesmer se acordó de aquel filósofo griego que negaba el movimiento y á quien confundió su antagonista poniéndose á andar. Vino á Francia, tomó de manos del doctor Storck y del oculista Wenzel una joven de diez y siete años que se hallaba atacada de una enfermedad del bazo y de la gota serena, y al cabo de tres meses de tratamiento la enferma estaba curada, la ciega veía.

Esta cura dejó convencidos á muchos, y entre otros á un médico llamado Deslón, quien, de su enemigo que era, se convirtió en su apóstol.

Desde entonces la fama de Mesmer había empezado á crecer; la Academia se declaró contra el novador, la corte en favor suyo, y se abrieron negociaciones con el

para inducir á Mesmer á enriquecer la humanidad con la publicación de su ciencia. El doctor propuso su precio ; se regateó, y M. de Breteuil le ofreció en nombre del rey una renta vitalicia de veinte mil libras y un sueldo de diez mil, por instruir á tres personas indicadas por el gobierno en la práctica de sus procedimientos ; pero Mesmer, indignado de la parsimonia real, rehusó y se fué á los baños de Spa con algunos de sus enfermos.

Una catástrofe inesperada amenazaba á Mesmer. Deslón, su discípulo ; Deslón, poseedor del secreto que Mesmer había rehusado vender por treinta mil libras anuales, abrió en su casa un tratamiento público por el método mesmeriano.

Mesmer supo esta dolorosa noticia, gritó contra el robo, la traición, el fraude, y estuvo para volverse loco. Entonces M. de Bergasse, uno de sus enfermos, tuvo la feliz ocurrencia de poner en comandita la ciencia del ilustre profesor ; se formó una sociedad de cien personas con un capital de 340. 000 libras, á condición de que Mesmer había de revelar su doctrina á los accionistas. Mesmer se obligó á esta revelación, recibió el capital y volvió á París.

La hora era propicia. Hay ciertos instantes en la edad de los pueblos, los que tocan á las épocas de su transformación, en que la nación entera se para como ante un obstáculo desconocido, vacila y siente el abismo á cuyo borde ha llegado y que ella adivina sin verlo.

La Francia se hallaba en uno de esos momentos ; presentaba el aspecto de una sociedad calmada, cuyo espíritu estaba agitado ; en cierto modo se hallaba entumecida en una felicidad facticia cuyo fin se trastuefa como al llegar á la linde de un bosque se adivina la llanura por los intersti-

cios de los árboles. Aquella calma, que no tenía nada de constante ni de real, cansaba ; buscábanse emociones por todas partes, y eran bien acogidas las novedades cualesquiera que fuesen. Se había llegado á ser demasiado frívolo para ocuparse, como en otro tiempo, de las graves cuestiones del gobierno y del molinismo ; pero se promovían disputas sobre música, se tomaba parte en favor de Gluck ó de Piccini, se apasionaban unos por la Enciclopedia, y se inflamaban otros por las Memorias de Beaumarchais.

La aparición de una ópera nueva preocupaba más las imaginaciones que el tratado de paz con la Inglaterra y el reconocimiento de la república de los Estados Unidos ; en fin, era uno de esos períodos en que los espíritus, conducidos por los filósofos hacia lo verdadero, es decir, hacia el desencanto, se cansan de esa limpidez de lo posible que deja ver el fondo de todas las cosas, y trata, avanzando un paso, de salvar los límites del mundo real para entrar en el de los sueños y las ficciones.

En efecto, está bien probado que las verdades bien claras y lúcidas son las únicas que se popularizan pronto, como no lo está menos que los misterios tienen una atracción omnipotente para los pueblos.

De consiguiente el pueblo de Francia se sentía arrastrado, atraído de una manera irresistible por ese misterio extraño del fluido mesmeriano, que, según sus adeptos, restituía la salud á los enfermos, daba el uso de la razón á los locos y la locura á los cuerdos.

En todas partes se inquietaban de Mesmer ; ¿ qué había hecho ? ¿ en quién había operado sus divinos milagros ? ¿ á qué gran señor había devuelto la vista ó la fuerza ? ¿ á qué señora fatigada de la velada ó del juego había calmado

el mal de nervios? ¿á qué jovencita había hecho prever el porvenir en una crisis magnética?

¡El porvenir! esta gran palabra de todos los tiempos, ese grande interés de todos los espíritus, solución de todos los problemas. En efecto, ¿qué era el presente?

Una monarquía sin resplandor, una nobleza sin autoridad, un país sin comercio, un pueblo sin derechos, una sociedad sin confianza.

Desde la familia real, inquieta y aislada sobre su trono, hasta la familia plebeya, hambrienta en un tabuco. ¡miseria, vergüenza y miedo en todas partes!

Olvidar á los demás para no pensar sino en sí propio, sacar de fuentes nuevas, extrañas y desconocidas la seguridad de una vida más larga, y de una salud inalterable durante esa prolongación de existencia, arrancar alguna cosa al cielo avaro, ¿no debía ser el objeto de una aspiración, fácil de comprender, hacia ese desconocido de que Mesmer descorría un pliegue de su velo?

Voltaire había muerto, y no había ya en Francia una sola risa, excepto la de Beaumarchais, más amarga aun que la de su maestro. Rousseau había muerto; no quedaba en Francia filosofía religiosa. Rousseau quería seguramente sostener la existencia de Dios; pero desde la muerte de Rousseau nadie osaba arriesgarse á ello, de miedo á verse abrumado bajo su peso.

La guerra era en otro tiempo una grave ocupación para los franceses. Los reyes mantenían á su cuenta el heroísmo nacional; ahora la única guerra francesa era una guerra americana, y aun el rey no tenía en ella ninguna parte personal. En efecto, no se peleaba por esa cosa desconocida que los americanos llaman independencia, palabra que los franceses traducen por una abstracción, la libertad.

Y, aun así, acababa de terminar esa guerra en apartadas tierras, esa guerra no sólo de otro país, sino de otro mundo.

Bien considerado todo, ¿no valía más ocuparse de Mesmer, de ese médico alemán que por la segunda vez en el trascurso de seis años apasionaba la Francia, que de lord Cornwallis ó de M. Washington, quiénes estaban tan lejos que era probable no se los viese jamás á ninguno de los dos? Mientras que Mesmer se hallaba presente, se le podía ver y tocar, y, lo que ambicionaban las tres cuartas partes de París, ser tocado por él.

Así ese hombre, que á su llegada á París no había sido apoyado por nadie, ni aun por la reina su compatriota, á pesar de que con tanto gusto protegía á las personas de su país; ese hombre que, sin el doctor Deslón que le había hecho traición después, hubiera permanecido en la obscuridad; ese hombre reinaba verdaderamente sobre la opinión pública, dejando muy atrás al rey, de quien no se hablaba nunca, á M. de Lafayette de quien no se hablaba todavía, y á M. de Necker de quien ya no se hablaba.

Y como si ese siglo se hubiese empeñado en dar á cada espíritu según su aptitud, á cada corazón según su simpatía, á cada cuerpo según sus necesidades, enfrente de Mesmer, el hombre del materialismo, se elevaba San Martín, el hombre del espiritualismo cuya doctrina venía á consolar á todas las almas ofendidas por el positivismo del doctor alemán.

Figurémonos el ateísmo con una religión más dulce que la misma religión; figurémonos un republicano lleno de urbanidad y miramientos hacia los reyes, un noble de las clases privilegiadas, afectuoso, tierno, enamorado del pueblo; representémonos el triple ataque de ese hombre dotado de la elocuencia más lógica y más seductora contra

los cultos de la tierra, que él llama insensatos, por la sola razón de que son divinos!

Figurémonos en fin á Epicuro con polvos blancos, casaca bordada, chupa con lentejuelas, calzones de raso, medias de seda y chapines encarnados; á Epicuro no contentándose con derrocar á los dioses en quienes no cree, sino conmoviendo los gobiernos, á los que trata como los cultos, porque jamás concuerdan, y casi nunca hacen otra cosa que venir á parar á la desgracia de la humanidad.

Obrando contra la ley social que él invalida con estas solas palabras: Castiga semejantemente faltas desemejantes, castiga el efecto sin apreciar la causa.

Ahora, supóngase que ese tentador que se titula el filósofo desconocido, para fijar á los hombres en un círculo de ideas diferentes, reúne cuantos encantos puede añadir la imaginación á las promesas de un paraíso moral, y que en vez de decir los hombres son iguales, lo que es un absurdo, inventa esta otra fórmula que parece escapada de la boca misma que la niega:

Los seres inteligentes son todos reyes.

Y luego hagámonos cargo de semejante moral cayendo de súbito en medio de una sociedad sin esperanzas ni guías; de una sociedad, que es un archipiélago sembrado de ideas, es decir, de escollos. Recordemos que en esa época las mujeres son tiernas y locas, los hombres ávidos de poder, de honores y de placeres; en fin, que los reyes dejan inclinarse la corona sobre la que, por la primera vez, en pie y perdida en las tinieblas, se fija una mirada curiosa y al

mismo tiempo amenazadora. ¿Se hallará extraño que se hiciese prosélitos esa doctrina que dice á las almas: Escoged entre vosotras el alma superior, pero superior por el amor, por la caridad, por la poderosa voluntad de amar bien, de hacer bien felices; luego, cuando se haya revelado esa alma hecha hombre, inclinaos, humillaos, anonadaos, todas vosotras, almas inferiores, para dejar el espacio á la dictadura de esa alma que tiene la misión de rehabilitaros en vuestro principio esencial, es decir, en la igualdad de los padecimientos, en el seno de la desigualdad forzosa de las aptitudes y funciones.

Añádase á esto que la filosofía desconocida se rodeaba de misterios; que adoptaba las tinieblas profundas para discutir en paz, lejos de los espías y los parásitos, la gran teoría social que podía llegar á ser la política del mundo.

— Escuchadme, decía, almas fieles, corazones creyentes; escuchad y tratad de comprenderme, porque tendréis trabajo en ello, y yo no franquearé mis secretos al que no arranque su velo.

Yo digo cosas que no quiero parecer que las digo, y ese es el motivo porque á menudo pareceré decir una cosa diferente de la que digo.

Y San Martín tenía razón, y se agrupaban muy realmente alrededor de su obra los defensores silenciosos, sombríos y celosos de sus ideas, formando un misterioso cenáculo cuya oscura y religiosa misticidad nadie penetraba.

Así trabajaban en la glorificación del alma y de la materia, soñando en la aniquilación de Dios y en la aniquilación de Jesucristo, de esos dos seres que habían dividido en dos campos y en dos necesidades á todos los espíritus inteligentes, á todas las naturalezas escogidas de la Francia.

Así se agrupaban alrededor de la cubeta de Mesmer, de la que brotaba el bienestar, toda la vida de la sensualidad, todo el materialismo elegante de esta nación degenerada; mientras que alrededor del libro de la verdad se reunían las almas piadosas, amantes y sedientas de realidades después de haber saboreado quimeras.

Pues si sobre esas esferas privilegiadas, divergían ó se turbaban las ideas; si escapándose los rumores se transformaban en truenos, como los resplandores se habían transformado en relámpagos, se comprenderá el estado de bosquejo en que permanecía la sociedad subalterna, esto es, la clase media y el pueblo, la que más tarde se llamó estado llano; el cual solo adivinaba que se ocupaban de él, y el que en su impaciencia y resignación ardía en deseo de robar el fuego sagrado, como Prometeo, y de animar con él un mundo que fuese el suyo, y en el que él mismo maneja sus negocios.

Las conspiraciones en estado de conversaciones, las asociaciones en estado de tertulias, los partidos sociales en estado de cuadrillas, esto es, la guerra civil y la anarquía, he ahí lo que aparecía bajo todo eso al hombre pensador, el cual no veía aun la segunda vida de esa sociedad.

¡Ay! hoy que se han rasgado los velos, hoy que los pueblos Prometeos han sido trastornados diez veces por el fuego que ellos mismos han robado, decidnos lo que podía ver el hombre pensador en el fin de ese extraño siglo XVIII, sino la decomposición de un mundo, sino algo parecido á lo que pasaba después de la muerte de César y antes del advenimiento de Augusto.

Augusto fué el hombre que separó el mundo pagano del mundo cristiano, como Napoleón fué el hombre que separó el mundo feudal del mundo democrático.

Quizás acabamos de conducir á nuestros lectores á una digresión que ha debido parecerles algo larga, pero hubiera sido verdaderamente difícil tocar á esa época sin desflorar con la pluma esas graves cuestiones que son la carne y la vida.

Ahora está hecho el esfuerzo: esfuerzo como el de un niño que arañase con sus uñas el orín de una estatua antigua, para leer bajo ese orín una inscripción borrada en sus tres cuartas partes.

Entremos de nuevo en la apariencia; pues continuando ocupándonos de la realidad, diríamos demasiado como novelista, y demasiado poco como historiador.

FIN DEL TOMO PRIMERO.